

Revista SIN CONTORNOS

ESPACIO DE ENTRAMADO PSICOANALÍTICO

www.sincontornos.com



N°4 - Agosto 2016

Suicidio y narrativas populares

Matías Bonavitta

En el presente artículo, y mediante los aportes del psicoanálisis y la antropología, se lleva a cabo la reflexión en torno al suicidio y su enlace con ciertas historias populares de La Pampa. De esta manera, se abordan algunos relatos populares y una obra musical folclórica con el propósito de comprender de qué manera las narrativas mítico-religiosas se entretrejen con sucesos históricos-verídicos (suicidios), cobrando un formato sobrenatural.

El suicidio implica quitarse la vida de forma voluntaria, según la OMS (2014), es una de las principales causas de defunción a nivel mundial, superando a los muertos por homicidios.

Además, es un fenómeno universal ya que se ha producido en todo tipo de sociedades, no obstante, su valoración no ha sido la misma pues cada cultura lo ha apreciado de manera diferente.

Por ejemplo, en la antigua Mesopotamia el suicidio era aprobado ya que se creía que el primer hombre fue modelado con barro y sangre del dios suicida Bel. Al contrario, Buddhaghosa (350 d. C.) relató que Buddha no solía consentirlo, pues opinaba que bloquea el nirvana (Muelas & Mangado, 2007).

Asimismo, la filosofía occidental también ha tomado posición agrupándose en quienes lo aceptan (como Hume que creía que era un remedio frente al

sufrimiento) y rechazan (como Kant, que lo entendía como el descompromiso con el cumplimiento de normas superiores a la propia vida). Ahora bien, es necesario destacar que las creencias populares que se hallan ligadas a una región representan una de las maneras más comunes para entender la realidad, generando una disposición a pensar de acuerdo con los presupuestos que priman, forjando también, un sentimiento de adhesión a algo que responde a la necesidad de comprender el sentido de la vida y del mundo (Durkheim, 1982).

Dicha cualidad puede percibirse en varias narraciones existentes en La Pampa, que suelen vincular los avistamientos de luces extrañas con las almas en pena de los suicidas. Lo que lleva a pensar en su relación con los mitos, pues algunos de estos relatos se vuelven parte substancial de la gente, poblando la vida cotidiana con un particular modo de entender la realidad.

Quizás, reforzado por los abundantes suicidios que allí suceden, pues según el Ministerio de Salud de la Nación (2011), La Pampa es la segunda provincia argentina con mayor índice de suicidios.

Historias populares

Las historias populares revelan informaciones que se transmiten de boca en boca; a veces no tienen un autor oficial, mientras que en otras ocasiones sitúan al narrador como el protagonista.

Son relatos simples, con períodos de amplia difusión y momentos de letargo; no poseen una única versión, pues van siendo apropiadas por las personas, agregándoseles detalles y omitiéndoseles otros, tomando un carácter personal que se vincula con el estilo de quien relate.

Ahora bien, la particularidad de los relatos que aquí convocan tiene que ver con que éstos toman sucesos de la vida cotidiana (suicidios), pero matizándolos de elementos sobrenaturales.

Una de estas historias se ubica entre la abandonada localidad de Trilí (en donde solo queda una estación ferroviaria) y Agustoni.

Allí, se cuenta que durante la tardecita-noche suele verse una silueta humana, que sin intercambiar señas se desvanece. Otros, añaden un detalle que evoca un suicidio sobre una lagunita ubicada en dicha zona, mencionándose que el personaje que desaparece sería el alma en pena de aquel suicida. Vale aclarar que el suicidio en dicha lagunita efectivamente ocurrió, incluso, es una anécdota periodística que se recuerda frecuentemente a pesar de los años transcurridos desde aquel incidente. Así, se observa como un suceso empírico se entremezcla con algo sobrenatural.

También, existe otro relato que circula entre los ferroviarios pampeanos. El cual describe que por el ramal que une a Huinca Renancó con General Pico, Catriló y Darragueira, suelen aparecerse extrañas luces que se evaporan fugazmente. Éstas son asociadas a las almas en pena de aquellos que decidieron terminar con su vida por medio del tren.

Nuevamente, se halla la mixtura entre un elemento inmaterial y otro verídico, pues realizando una exploración periodística y de defunciones, se verifican numerosos suicidios sobre dicho ramal.

Mito e historia: no tan opuestos

Tradicionalmente, el mito y la historia han sido considerados dicotómicos; de hecho, fueron los griegos quienes comenzaron a pensar en los mitos como relatos irracionales, y que lo verídico solo se halla en el pensamiento racional (logos), que mediante la escritura antepone la racionalidad histórica por sobre las fantásticas narraciones orales.

No obstante, Freud revalorizó el rol del mito valiéndose del Edipo y la horda primordial para explicar los fenómenos humanos, devolviéndole al mito su carácter esclarecedor.

Igualmente, Hill (1988), también replantea las relaciones entre historia y mito puesto que entiende que existen formas de conciencia que involucran la coexistencia de ambas narrativas. Y que no hay una distancia radical entre las crónicas históricas y los relatos sobrenaturales, pues ambos formatos pueden narrar hechos verídicos. En efecto, solo habría una diferencia estética que determina como se tratan los hechos ocurridos.

Posiblemente, mediante dicha coexistencia narrativa se entrelaza el relato mítico del alma en pena con los suicidios: por un lado, los suicidios –que aparecen en la historia escrita: diarios y actas de defunción- y por otro, las interpretaciones sobre el alma en pena, un concepto cercano a la mitología. Dándole sentido a un fenómeno social.

Para comprender esta mixtura narrativa, hay que tener en cuenta que el entramado social del estado-nación argentino está fuertemente atravesado por la religión cristiana que afirma que el suicidio es un pecado, puesto que viola el V mandamiento: “No Matarás”. Por ello, quien viole dicho precepto está condenado a un juicio divino; San Agustín (2012) lo resumió claramente: “el que se mata a sí mismo es un homicida”.

Al respecto, Eller (2007) dice que la función de la religión es situar normas para controlar la conducta humana; incluso, más allá de los confines materiales poniendo en escena a fuerzas sobrenaturales, que ante la transgresión reacciona con un temperamento hostil hacia la gente. Para apreciar esto tan solo vale tomar el viejo testamento y ver como dios provocó el diluvio para castigar a los pecadores, o como el infierno se figura como un sitio que pena a las almas infieles. Así, se contempla que la condena por transgredir un deber no sólo abarca el territorio humano, sino que además, los confines que exceden la tierra. Puesto que la imaginación religiosa emana de una concepción del universo que abarca la creencia en el alma, definida como una entidad inmaterial que poseen

los humanos y que perdura luego de la muerte. Por ello, la persona que infringe una ley es castigada en vida y muerte.

Asimismo, las luces suelen asociarse a la luz mala: un antiguo mito que describe luces que en la noche se movilizan de un lugar a otro. Y que a pesar de que la ciencia afirma que son el efecto de la fosforescencia producida por la descomposición de materias orgánicas o el reflejo de la luna sobre los huesos, habitualmente, la gente le atribuye el sentido de almas en pena. Y que ante un encuentro con ellas, se debe rezar una oración para que puedan descansar en paz.

Dicha significación refiere a alguien que desobedeció a dios y que fue condenado a penar eternamente. Una creencia culturalmente reforzada por el hecho de que antes se impedía que los suicidas tengan sepultura cristiana (así disponía dios, el cura y la iglesia), lo que obligaba a los familiares del suicida a enterrarlo o quemarlo marginalmente en cualquier sitio.

Quizás, en este plano se halla la fuerza fantástica que ostentan los relatos citados; probablemente dicho marco cultural-religioso induce a las personas a interpretar el fenómeno de la misma forma, estableciéndose como indica Durkheim (1982), un sistema unificado de creencias y prácticas relativas a lo sagrado, pues la vida cotidiana es vista mediante una narrativa sacra.

En este sentido, Freud (1901) afirma que gran parte de la concepción mitológica del mundo que perdura aún en las religiones es psicología proyectada en el mundo exterior, y que todo está determinado psíquicamente aunque uno no sea consciente de ello. Lo cual se corrobora mediante la existencia de lapsus, fantasías diurnas u olvidos, en donde se evidencian instancias desconocidas por la conciencia, pero que si se efectúa un análisis se observa que están sobredeterminados.

Así, expone que la superstición radica en factores internos a la persona, y que ésta, al ignorar sus funcionamientos fallidos, está inclinada a atribuir a lo que ve

en su exterior una significación externa a él, interpretando que su encuentro con lo sobrenatural es algo real y no una motivación oculta para su conciencia, que incluso, sugestionan a sus ojos.

De esta forma, la silueta que se desvanece por el camino o las luces del ramal ferroviario podrían tratarse de proyecciones articuladas por fantasías inconscientes, que a manera de ensoñaciones diurnas irrumpen en lo real, llevando a una especie de ilusión óptica -facilitada por la soledad del paisaje, la frágil visibilidad por las frecuentes neblinas o la caída de la luz solar y el cansancio de una ardua jornada laboral- que en verdad vela funciones desconocidas para la conciencia:

1- Constituir una función normativo-represiva que toma como representación una imagen cultivada en el imaginario social para prevenir los impulsos de autoagresión. Pues concebir al suicida como un alma en pena certificaría las consecuencias de transgredir la prohibición moral-religiosa del acto suicida: penar y vagar sin sentido.

2- Como un sueño que aspira al cumplimiento del deseo, la visión del alma en pena corroboraría el castigo de dios por violar un mandamiento.

Así, al desplazarse de la conciencia las tendencias de desearle un castigo al suicida (por desobedecer la moral), lo reprimido emerge como la proyección de un alma en pena que busca satisfacer el deseo del sujeto de ver cometida la sanción divina.

3- La proyección, además, podría comportarse como un autocastigo ante el deseo de que el que actúa moralmente mal sea castigado (suicida). Pero, como si se tratase de una ley del talión inconsciente, la persona se termina sancionando a sí misma mediante el avistamiento de un alma en pena que lo aterroriza con el fin de censurar la sádica satisfacción de ver sufrir al prójimo.

Probablemente, dichas proyecciones se asientan sobre el sentido común existente en la sociedad, haciendo que prevalezcan ciertas lógicas por sobre otras, induciendo la interpretación del alma en pena a ciertos fenómenos lumínicos, que bien, podrían no ocurrir por tratarse de sucesos psicológicos y no sobrenaturales, o cobrar otro sentido: como huesos, espejismos, ovnis, etcétera. Como indica Geertz (1994), las creencias del entorno cultural definen el sentido común; el cual constituye una lógica que se fue formando a través del tiempo mediante informaciones construidas socialmente, que terminan inscribiéndose en la cultura como un determinado tipo de estructura que organiza el pensamiento. Y que éste no siempre responde a una lógica racionalista, por el contrario, suele ostentar un raciocinio que se empeña en interpretar las cosas de cierto modo y no de otro, legitimando algunas significaciones por sobre otras. Además, se puede pensar que estas se construyen como rumores que permiten expresar cuestiones percibidas como importantes, produciendo narrativas populares mediante el uso de antiguos motivos simbólicos del imaginario colectivo fundados por el evangelio. Así, el alma en pena no sería algo exento del sentido común, sino parte de una respuesta natural y práctica ante ciertos sucesos, que sin muchas vueltas, construye un discurso a través de conexiones entre las creencias inherentes a lo mítico-religioso y los juicios de valores hacia el suicidio, certificando algo que ocurre en el mundo. Conformando como dice Geertz (1994) “un catálogo de realidades inmanentes a la naturaleza tan concluyentes que se imponen en cualquier mente lo suficientemente esclarecida como para aceptarla”.

En fin, se percibe que las narrativas mítico-religiosa y los sucesos históricos-cotidianos se ensamblan profundamente en el sentido común de la gente mediante la relación entre lo profano y lo sagrado, lo consciente e inconsciente, y que se objetivan en rumores que dan origen a los relatos populares acerca del alma en pena. Los cuales pueden encubrir una función coercitiva que intenta

conservar la cohesión social ante una situación que desequilibra, puesto que el suicidio – no siendo una forma de morir aceptada culturalmente- crea un desorden en la seguridad ontológica que garantiza el orden simbólico establecido en la sociedad.

Bairoletto: una luz mala, alma en pena

También existen creaciones artísticas que muestran elementos que se asocian al relato de la luz mala, el alma en pena, la muerte trágica e implícitamente el suicidio.

Por ejemplo, una milonga pampeana extraída de la recopilación realizada por Evangelista (2009), evoca la popular historia de la luz mala y el alma en pena. Dicha obra de 1950, perteneciente a L. Montes y G. Coria, se llama “Una luz mala, alma en pena”, y expresa lo siguiente:

*Cruzando campos dormidos
Por una huella del silencio
Hecho de polvo y ceniza
Viene un jinete al encuentro
Quién es? la pampa lo nombra
Juan Bautista Bairoletto.*

*Los hombres lo desgraciaron
Y en la noche del desvelo
Para siempre se ha perdido
Ay, ya no tiene remedio
Una luz mala, alma en pena
Juan Bautista Bairoletto.*

*El chimango deja oír
su grito largo, agorero
al costado de la muerte
cabalga por el desierto
ya la pampa es toda suya
Juan Bautista Bairoletto*

*De norte a sur la leyenda
crece en el alma del pueblo
su condena fue vivir
como flor de cardo al viento
sin fe, sin paz, sin querencia
Juan Bautista Bairoletto.*

Esta milonga efectúa una analogía entre el símbolo del alma en pena recorriendo en forma de luz mala el campo y Bairoletto, dándole así, un sentido al hecho que llevó a la muerte del bandido rural. Su poesía no está desprovista de un carácter religioso pues despierta reminiscencias cristianas al decir: “Hecho de polvo y ceniza”; dicha expresión abunda en la biblia, por ejemplo, en Job (30:19): “me reduce a polvo y ceniza”; en el Génesis (18:27): “Reconozco que he sido muy atrevido al dirigirme a mi Señor, yo, que apenas soy polvo y ceniza”, etcétera.

Pero, ¿Qué implica la simbología “polvo” y “ceniza”?

Según Turner (1967) un símbolo es la unidad más pequeña de un ritual, es una cosa que representa o recuerda algo, que entre otras propiedades, reafirma las normas sociales.

En este sentido, se pueden hallar en el Génesis rastros significativos sobre el polvo, pues se describe el comienzo de los tiempos junto al pecado original que llevó a dios a maldecir el suelo: “¡Maldito el suelo por tu culpa!” (3: 17). Transformándolo en un lugar hostil repleto de cardos y espinas que sólo con

“dolor y sudor concederá al hombre sus frutos” (3: 17). Así, el polvo es un símbolo de pecado: “Eres polvo y al polvo volverás” (3: 19).

Mientras que la ceniza es parte de un importante ritual cristiano, pues durante la cuaresma, con motivo del miércoles de ceniza, los fieles son marcados con ceniza en su frente por el sacerdote, que mientras hace la señal de la cruz cita la biblia: “Acuérdate que eres polvo y en polvo te convertirás”; simbolizando así, que todos somos pecadores y que es necesario el arrepentimiento.

No obstante, al contrario del deber que traen implícitos dichos símbolos (respetar las normas de dios), tácitamente se insinúa que Bairoletto los transgredió, condenándolo por ello a: “vivir como flor de cardo al viento, sin fe, sin paz, sin querencia”. Una pena no solo terrenal, sino también divina, pues se lo intima a deambular como un alma en pena que recorre las pampas en forma de luz mala; sufriendo, posiblemente, un exilio similar al que vivió Adán por desobedecer a dios.

Pero, ¿porque “los hombres lo desgraciaron”? (como expresa la milonga).

La respuesta no está explicitada en la canción, sin embargo, los relatos afirman que Bairoletto fue odiado porque fiel a sus ideas anarquistas, les robaba a los ricos para repartir entre los pobres.

Vale aclarar, que La Pampa fue un importante escenario anarquista durante la primera mitad del siglo XX. Desplegando una intensa actividad ideológica, gremial y cultural que se potenciaba con un destacado periódico anarco “Pampa libre”.

Echenique (2000) asevera que las elites nacionales (terratenientes, políticos conservadores y radicales, dueños del ferrocarril, la iglesia) buscaron destruir al anarquismo; llevando a matanzas y persecuciones, como la masacre de los bolseros de Jacinto Arauz, perpetrada por la Liga Patriótica Argentina en 1921. Así, en dicho contexto vivía Bairoletto, que como muchos otros anarquistas, no

era bien visto por la moral católica, los políticos y policías al servicio de los poderosos.

Ahora bien, la milonga tampoco explicita que causó la muerte del bandolero, no obstante, su clima trágico parece contener implícita la idea del suicidio. Sobre todo, porque es de público conocimiento que éste prefirió suicidarse antes de caer abatido por una redada policial el 14 de septiembre de 1941 - pese a que la historia oficial expone que murió por los disparos policiales -.

Según cuenta un habitante de Gral. Pico (que siendo niño lo conoció en Eduardo Castex, ya que su padre fue su amigo) Bairoletto repartía el botín entre los pobres, y que sus asaltos y reparto de propaganda anarquista lo llevó tanto al amor como al odio de la gente. Pero que lo que ocasionó su muerte fue enamorarse de la misma mujer que pretendía un policía piquense, hecho que desembocó en una feroz pelea en donde el policía murió y Bairoletto se fugó. Pasaron varios años hasta que éste fue rastreado por la policía en General Alvear, Mendoza; y que el bandolero para proteger a su familia -pensando que una vez muerto la dejarían tranquila- optó por suicidarse.

Hay que destacar que su muerte violenta no lo condenó al olvido, sino que paradójicamente, lo convirtió en un santo popular que motiva a que mucha gente le prenda velas (especialmente en noviembre) en su tumba pidiéndole trabajo, salud y la solución de problemas emocionales.

Es decir, la represión policial no coartó la propagación de una memoria colectiva que enaltece la imagen de Bairoletto; y que aunque la historia oficial lo denominó bandolero (con toda su carga negativa) y expone que murió por un disparo policial que ajustició sus fechorías, los relatos populares expresan que se suicidó para proteger a su familia, invistiéndolo con valores socialmente nobles: libertad, autodeterminación, justicia social y solidaridad.

Siguiendo a Ricoeur (2004), la memoria colectiva es un fenómeno relacional y plural, pues no hay un único punto de vista desde el presente a partir del cual

establecer la filiación rememorativa con el pasado. En cambio, la memoria oficial de la historia (presente en los actos escolares, libros, etcétera) selecciona y fija hegemónicamente un conjunto de recuerdos excluyendo a otros.

En el caso que aquí convoca, se observa cómo pese a la maquinaria disciplinaria dirigida por las elites nacionales para demoler las huellas mnémicas del anarquismo pampeano, el recuerdo de Bairoletto permaneció en la memoria colectiva resistiendo la fuerza del olvido selectivo implantado por la hegemonía, pues como expresa la milonga: “De norte a sur la leyenda crece en el alma del pueblo”; evidenciándose así, como el pueblo se rebeló ante la autócrata memoria oficial.

Se puede hipotetizar que la resistencia del recuerdo colectivo de Bairoletto está edificada sobre rumores -fruto del intercambio de información, de las escurridizas sospechas y juicios valorativos de la gente- que transgredieron la historia oficial y que dio lugar al relato social.

Al respecto, Ceriani Cernadas (2010) dice que los rumores conforman un espacio de tensión hermenéutica donde se ponen en juego imaginarios que los individuos escenifican sobre un marco contingente de presiones sociales. Y que en contextos de incertidumbre estos pueden ser utilizados para cohesionar o bien subvertir el orden social, canalizando ansiedades y miedos.

En este sentido, no es azaroso entonces, que en un período de eliminación anarquista, de pleno proceso nacional que mediante la coacción buscaba disciplinar a la población para adecuarla al modelo agroexportador, aparezcan rumores e historias no oficiales sobre el bandolero. Posiblemente, el escenario de incertidumbre social que se vivía en aquel entonces facilitó que éste se convirtiera en un símbolo emblemático, puesto que surgió en un momento histórico que marcaba el fin de una época: del anarquismo de las pampas a la producción agroexportadora sin rebeldías y al servicio del capitalismo. En

donde el estado definía que matrices de identidad poseer, descalificando lo que se apartara del ideal de nación moderna que se intentaba erigir.

La dicotomía existente entre la historia oficial y el relato social revela que hubo un cruce de semánticas, de dos tipos de imaginación moral sobre Bairoletto: una que lo valoró peyorativamente (bandido) y otra que lo enaltecía (santo-héroe). Quizás, la primera procede de grupos sociales que promovieron el modelo nacional moderno, encontrando en la imagen del anarquista un perfil bárbaro opuesto al progreso de la civilización; mientras que la segunda, de grupos que se rehusaban al nuevo ordenamiento.

Entonces, se puede pensar que esta ambivalencia está ligada a una disyunción entre quienes se identifican con los valores del bandolero y quiénes no: por un lado, las elites que lo figuran como un ladrón asesino que anda castigado como un alma en pena; y por otro, los grupos desposeídos que lo creen un santo que tomó las riendas de su vida hasta último momento. Este último grupo es el que parece sostener su leyenda, representándolo como un símbolo de rebeldía que protesta contra los excesos del poder, ubicándolo en un horizonte simbólico que trasciende el modo en que la historia oficial intentó definirlo. Convirtiéndolo en un santo que sigue ayudando a los desposeídos.

Así, se percibe que la milonga expuesta responde a un cruce de semánticas, pues por un lado, Bairoletto es colocado como pecador al evocarse -mediante expresiones bíblicas- motivos simbólicos que apelan a una imaginación moral-religiosa que enseña y advierte sobre los riesgos de transgredir una ley. Mostrando implícitamente, como la labor cristiana ayudó en la construcción de ciudadanos alejados de las rebeliones, y educados para cumplir con los deberes de dios y el estado.

Mientras que por otra parte, no se puede decir que la milonga solo responde a dicho plano moral-religioso, pues también condensa el otro polo simbólico: “su leyenda crece en el pueblo”, “ya es toda suya la pampa”, “la pampa lo nombra

Juan Bautista Bairoletto”. Entreviéndose como la devoción con la que es *catetixado* guarda relación con cierta subversión hacia aquella disposición represiva proyectada por las elites y el estado. En donde sin romperse con el ordenamiento moral cristiano, se rechaza algo de ello, renegando de una ley humana y divina al servicio de los poderosos y no del pueblo.

En fin, se especula que quienes desconfían de las instituciones no ven en Bairoletto un bandido matrero y pecador, sino un santo liberador a quien acudir. Y que tampoco creen que el séptimo mandamiento “No robarás”, como el quinto “No matarás”, que también se traduce en la prohibición de “No te matarás”, son barreras inexcusables, pues suelen responder a los intereses de la hegemonía. Por ello, la necesidad de subvertir ciertas normas que oprimen puede legitimar actos que no son autorizados por la moral religiosa, como lo refleja uno de los polos simbólicos descritos anteriormente: el que enaltece la actitud de Bairoletto pese a su transgresión.

Ya Freud (1915) advirtió que el “No matarás” involucra no solo saber que descendemos de asesinos, sino que además, no poder cumplirlo. Quizás, podríamos decir algo similar con el “No te matarás” que está implícito en dicho precepto, pues el suicidio no solo no se ha extinto, sino que también, puede ser (en vez de cumplirse y pensarse) justificado y glorificado: como deja entrever Bairoletto, quien para salvaguardar a su familia se quita la vida.

Comúnmente, la muerte despierta emociones poco gratas, sin embargo, el suicidio evoca una mayor incomodidad, puesto que crea un desorden ontológico, pues la apariencia intolerable de un sujeto quitándose la vida no es aceptado socialmente. Generando juicios de valores junto al reconocimiento del libre albedrío en relación a la decisión de morir. Pudiendo implicar también, como se ha detallado, un nutrido abanico de luces extrañas, almas en pena y siluetas de muertos. Resulta llamativo que las visiones de luces involucre la creencia del alma en pena; pareciera que este enlace se repite como una especie de sin

sentido, como si se tratase de un insistente símbolo que retorna del inconsciente como un reflejo cultural que fantásticamente expresa la idea de una muerte traumática, conformando así, un relato sobrenatural.

Quizás, dichos avistamientos correspondan a proyecciones psicológicas, y que el sentido común de la región habilita la interpretación del alma en pena de un suicida –reforzado por los frecuentes suicidios-. En este sentido, dicha explicación constituiría un fenómeno de producción de significación construido colectivamente a lo largo del tiempo y que se ha mantenido como una explicación que no suele ser cuestionada. Funcionando como una respuesta práctica, que mediante una narrativa mítico-religiosa certifica algo que ocurre en el mundo (suicidios).

Por último, dichas historias populares son un espacio apto para la creación y reproducción de símbolos que hacen a la memoria colectiva. Pues mediante rumores y narrativas míticas-religiosas se rescatan del olvido personajes, valores y sucesos que han quedado por fuera de la historia oficial. Puesto que los sectores poderosos se encargan de seleccionar lo que vale ser recordado y lo que no, reprimiendo ferozmente a quienes se alejan del “deber ser” que se pretende (como el anarquismo). Así, se infiere que los relatos populares (al contrario de la memoria oficial) pueden asumir múltiples sentidos, incluso (como revela la milonga y los relatos sobre el suicidio de Bairoletto), ocupar un lugar contrario al establecido por la imaginación moral hegemónica.



Bibliografía:

- Ceriani Cernadas, C. (2010). En la boca del miedo. Rumor y violencia socioreligiosa. Bs.As: Revista del Programa de Historia de América Latina.
- Durkheim, E. (1982). Las formas elementales de la vida religiosa. Madrid: Akal Editor.
- Echenique, J. (2000). Pampa Libre. Anarquistas en la pampa argentina. Santa Rosa: UNQ.
- Eller, J. (2007). Studying Religion Anthropologically, Definitions and Theories. New York: Routledge.
- Evangelista, R. (2009). Historia del cancionero folclórico de La Pampa. Santa Rosa: Pitanguá.
- Freud, S. (1915). Consideraciones de actualidad sobre la guerra. Bs.As: Amorrortu.
- Freud, S. (1901). Psicopatología de la vida cotidiana. Buenos Aires: Amorrortu.
- Geertz, C. (1994). Ensayos sobre la interpretación de las culturas. Madrid: Paidós.
- Hill, J. (1988). Rethinking History and Myth: Indigenous South American Perspectives.
- Malinowski, B. (1994). El mito en la psicología primitiva. Barcelona: Ariel.
- Ministerio de Salud de la Nación. (2011). Perfil Epidemiológico del Suicidio en Argentina. Buenos Aires: Ministerio de Salud de la Nación.
- Muelas, N & Mangado, E. (2007). Consideraciones sobre el suicidio: Una perspectiva histórica. Barcelona: Herder.
- Organización Mundial de la Salud. (2014). Prevención del suicidio. Luxemburgo: Organización Mundial de la Salud.
- Ricoeur, P. (2004). La Memoria, la Historia, el Olvido. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- San Agustín. (2012). Obras completas de San Agustín. 41 volúmenes. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Stocking, G. (1968). Franz Boas y el concepto de cultura en perspectiva histórica. En Race, Culture, and Evolution: Essays in the History of Anthropology. Chicago: University of Chicago Press.
- Turner, V. (1967). Simbolismo ritual, moralidad y estructura social entre los ndembu. Madrid: Siglo XXI.